

PARAGUAY – un país desde su lengua

Reflexionar sobre los perfiles de silencio de la literatura paraguaya, puede llevar a un laberinto de lecturas disímiles con múltiples corredores sin puerta de salida.

Acaso habría que reconocer en esa lectura extrapolada la incongruencia de buscar unos frutos fuera de contexto, por el hecho de que a un “pasado sin literatura” había que contraponer una “literatura sin lectores”. En efecto, hay condicionamientos de diversa índole que explicarían la presencia – o ausencia – de una cultura del libro. Ante todo la relativa extensión de una burguesía calificada y considerable número de lectores en un contexto urbano con arraigo y recursos.

No parece en tal caso ser la condición imperante en la sociedad paraguaya, con alto índice de ruralidad y analfabetismo, a fuer de una obstinada escolarización en lengua extraña. Aquí habría que hacer un paréntesis ante el decantado éxito en las reducciones jesuíticas, donde la educación escolar en lengua materna de los pueblos guaraníes hacía violencia al principio de interculturalidad, produciendo logogrifos como la versión en guaraní de la “Diferencia de lo temporal y lo eterno” de Nieremberg, o las cartas reivindicatorias y apologéticas de los caciques al “Papá-Rey”, no legibles sino por el erudito armado de paciencia y diccionario.

En todo caso, es de admirar la docilidad y mansedumbre de Nicolás Yapuguái, el cacique lenguaraz que hacía esfuerzos ingentes por volcar a un lenguaje estructurado según esquemas figurativos el texto abstruso del más conceptualista barroco, con construcciones metafóricas que escaparían al mediano lector peninsular.

La profusa literatura apologética provocada en torno a la expulsión de los jesuitas del Paraguay ha llevado a una lectura sesgada de la realidad, que ha soslayado el lado oscuro de una experiencia rescatada las más veces como una bella utopía, estrangulada por intereses del contexto político.

Dos temperamentos se hicieron sentir en la evangelización de la provincia: el ilustrado y renacentista de la Compañía de Jesús, arraigado en las utopías platónicas, y por otro la religiosidad popular, de fuerte cuño franciscano, sustentada en la tradición oral y el pragmatismo de la evangelización medieval. Los jesuitas venían en actitud polémica ante los cabildos de conquistadores y criollos, en supuesta reivindicación de los derechos humanos de los indígenas. Los hermanos de la tercera orden eludieron la confrontación, allanándose a evangelizar en tierra de encomenderos y conquistadores.

Para afirmar su política de segregación en la compañía de Jesús – con amplio respaldo del gobierno peninsular -, se hicieron adjudicar un territorio fuera de los límites de la Gobernación, entre los ríos Tebicuary, Paraná y Uruguay, al que denominaron distintivamente Paraquaria, con privilegios reales y liberación de impuestos y alcabalas; con más, el derecho de comerciar y exportar libremente los productos de renta, por entonces la yerbamate y el tabaco. Para acentuar la segregación, los padres de Misiones prohibían el estudio y difusión de la lengua castellana,

sólo permitiendo en la comunidad el latín litúrgico y el guaraní. Con la expulsión de la Compañía en la segunda mitad del siglo XVIII, los indios volvieron a su hábitat sílvico, y de aquella epopeya evangelizadora no quedaron sino una profusión de textos polémicos y colosales ruinas que en nada se integraron al paisaje urbano posterior.

Muy por el contrario los franciscanos, identificados por los guaraníes sílvicos como una nueva versión de sus shamanes (cf. Luis Necker, “Indios guaraníes y shamanes franciscanos”) por su desprendimiento y reconocida pobreza, se proyectaron a través de los pueblos de indios en las comarcas asuncena y guaireña, originando un sincretismo en que hasta hoy se hace difícil distinguir entre lo auténticamente indígena y “paraguayo” y los vestigios de la evangelización franciscana. Otro rasgo del sincretismo franciscano, el guaraní-paraguayo aparece como “tercera lengua” – al decir de Bartomeu Meliá – conocido en el pueblo como “yopará” o jerigonza hecha de préstamos desde una y otra lengua desde los orígenes de la Colonia, y que parece a todas luces como la cantera que ha de ser depurada por una posterior Academia de la Lengua Guaraní, a conformarse a partir de la nueva Ley de Lenguas.

Capítulo aparte para la inveterada pobreza de la provincia del Paraguay, originariamente instalada como acceso privilegiado al Alto Perú, o Sierra de la Plata; de ahí el nombre consagrado del estuario de los ríos Paraguay – Paraná, conocido como el Río de la Plata. Descubierta posteriormente el acceso al Perú por el Pacífico, el Paraguay quedó sin aparente destino, ladeado por todas las corrientes migratorias que aflúan a la América meridional. A todo eso, sumado el acoso constante de los pámpidos irredentos del territorio chaqueño, lo que obligaba al reducido número de peninsulares y criollos a continuas levadas para contener el asedio de los payaguá-canoeros, en un régimen de seis meses de prestación obligatoria de servicios en los fortines de la extensa frontera, corriendo a cargo de los movilizados llevar víveres y su propio armamento. Lo que motivó a uno de los gobernadores a fines de la Colonia a expresarse por carta al Rey diciendo: “Señor, el Paraguay necesita redención”.

Habiendo mermado considerablemente el flujo de peninsulares a la provincia, a fines del siglo XVI, los conquistadores y criollos siguieron la costumbre de tomar por esposas a las indias en aparente “pacto de sangre”, por donde se originó la leyenda del cuñadazgo o “tovayá”, como se autodenominaban los caciques y principales de las etnias guaraní; aunque muy pronto descubrieron que habían sido explotados en su buena fe. De cualquier modo, los así llamados “criollos” fueron asimilados al status de “españoles” por el padre, aunque incorporados en el hogar materno a la lengua y cultura de los naturales, imponiéndose el guaraní como “lengua franca” y de vigencia exclusiva tanto en los pueblos de indios como en las ciudades con cabildo o “españolas” (cf. Bartomeu Meliá, “La lengua guaraní del Paraguay”).

Siguiendo la consigna peninsular de forjar la unidad del imperio español según el lema de “un Dios, un Rey, una Ley”, los evangelizadores, primero, y luego la organización colonial, al mismo tiempo de imponer la fé cristiana como signo de civilización (v. en guaraní el apelativo de “carái” (señor)-“mongarai” – bautizar, lit. “hacer señor”, “carái-ñe’ẽ – lengua de señores -, frente al “eva-ñe’ẽ” – lengua salvaje) los hijos de los caciques, los únicos alfabetizados, eran iniciados en el manejo del español, como signo de dignidad, marginando la lengua materna por lo antes señalado. El temperamento de excluir el guaraní en el reducido ámbito escolar se mantuvo a lo largo de siglos, tanto en la administración colonial como en los gobiernos del Paraguay independiente del s.XIX. Y es interesante ver que en esto coincidieron los gobiernos de la Primera Junta Gubernativa como en la larga dictadura de Rodríguez de Francia y en los gobiernos

unipersonales de Carlos Antonio y Solano López, de aparente sesgo republicano. Solamente en el curso de la guerra contra la Triple Alianza, Solano López adoptó la estrategia –que habría de imponerse luego en la guerra con Bolivia en 1932-35 – de aceptar la lengua guaraní como código secreto, también usada en los periódicos y partes de guerra durante la Guerra Grande, con clara intención de llegar al pueblo y la soldadesca. Aunque por las ilustraciones del Cabichuí en xilogramados satíricos con explicación al pie de página de los protagonistas de la Alianza – asimilados a animales grotescos – está claro que el texto literario no era de comprensión masiva en la tropa, sino serían los oficiales los encargados de hacer el comentario y decodificar las escenas de circunstancia.

Igual temperamento se siguió en la escuela oficial entre las dos guerras, imponiendo castigo al niño que se expresaba en guaraní. Para colmo, Domingo Faustino Sarmiento, que había anatematizado al Paraguay con su célebre frase de que la seguridad de las provincias del Plata sólo se sellaría matando al último paraguayo en el vientre de su madre, por los azares de revueltas políticas en la República Argentina, optó por pedir asilo en Paraguay, donde se recluyó hasta su muerte. Pero fiel a su consigna de “civilización o barbarie”, pregonada en su obra del “Facundo”, inculcó en la Generación del ‘900 – la primera pléyade ilustrada formada en el Colegio Nacional al doblar el siglo – el cultivo de un castellano académico, so pena de ser tildado de “guarango” en caso contrario. Y es altamente ilustrativo que la profusa bibliografía elaborada por sus abanderados no incluya ningún párrafo en la lengua nativa, aunque algunos como O’Leary o Manuel Domínguez haya expresado su admiración por la cultura guaraní, y Eloy Fariña Núñez en su “Canto Secular” profesara en el más castizo español su apología de la lengua y cultura del ancestro indígena.

Por otro lado, no habría que forzar mucho el monolingüismo del español oficial, sólo registrado en las actas de gobierno o garrapateado por actuarios mal escolarizados, ante la mayoría abrumadora de los pueblos de indios, fieles a su tradición de un guaraní ágrafo y sus hábitos rurales en economías de subsistencia. Sin embargo, los rasgos de un guaraní paraguayo, mantenido a fuerza de analfabetos funcionales y aferrados a su tradición oral, fueron el cuño identificador de la nación paraguaya, y según Félix de Azara destacaba al Paraguay como la primera nación que ya en el siglo XVIII tenía su clara configuración propia.

Otro componente de la identidad nacional ha sido hasta entrado el s.XX el carácter casi exclusivamente rural de su población, forzada por la economía marginal de la provincia a mantenerse en sus chacras o “estancias”- ganaderías, sosteniéndose del producto de su hatu vacuno. Las únicas ciudades de más de cuatro siglos, Asunción y Villa Rica, no pasaban de ser un caserío con menos de diez mil habitantes. Otro tanto para las ciudades fundadas al finalizar la era colonial: Concepción y Pilar. Encarnación, como remanente de los decantados “30 pueblos” jesuíticos, tuvo hasta fines del s. XVIII una ubicación errática.

El paso de una economía de chacareros-ganaderos sólo se dio tímidamente en los últimos decenios de la colonia, y fue tan sólo con el auge de la economía liberal a comienzos del s.XX que Asunción cobró mayormente los perfiles de conglomerado urbano, multiplicándose en forma gradual los periódicos y tertulias culturales, dándose inicio en esa época a la educación media y superior en Asunción, y con un año de diferencia, en Concepción y Villa Rica.

El grado de pobreza extrema en que se hallaba sumida la población al acabar la Guerra Grande, obligaba a los maestros rurales a prescindir de cuadernos y escribir para sus alumnos las primeras

letras sobre la tierra húmeda del patio escolar. Era frecuente también que corrieran de mano en mano cartillas manuscritas, a veces con la nota al pie de página: “el que reza este rezo, acuérdesse de la esclava...”

Otro rasgo en la profusa literatura de la mencionada generación del '900, fue su marcado acento reivindicatorio e historicista, (adscribiéndose por lo regular a sectores “lopistas” o “antilopistas”), poniendo en su caso a Solano López como héroe máximo o el tirano que habría llevado a la inmolación masiva de su pueblo. No faltaba en ellos el acento positivista y crítico de sus coetáneos españoles de la generación de '98; mientras éstos se congregaban ante declaraciones tales como “nos duele España”, Juan Silvano Godoy y particularmente Cecilio Báez volcaban sus dictionarios en frases como aquella según la cual Paraguay era un pueblo “cretinizado por secular despotismo”. Pero en todos ellos la literatura de libre creación estuvo ausente.

En todo caso sus textos que frecuentemente se aproximaban al ensayo, una vez editados nunca alcanzaron un tiraje mayor de mil ejemplares, lo que en si ya evidenciaba el reducido ámbito de su difusión.

Entre tanto, el guaraní paraguayo fue ganando espacio en la poesía y el canto popular; en la oratoria sagrada y en la arenga parlamentaria. Hacia mediados del s.XX el corpus de la literatura guaraní excedía en mucho al producido por un reducido núcleo de escritores en lengua castellana. A la generación del '40 con representantes de la talla de Josefina Plá, Hérib Campos Cervera, Roa Bastos y Elvio Romero, se siguieron otras promociones de no menor vaía en cuanto a literatura de creación y recursos poéticos; aunque por condicionamientos culturales del contexto no alcanzaron mayor eco extrafronteradas.

Un dato significativo: los que lograron relativa fama y prestigio en el exterior, fue por circunstancia de su extrañamiento y exilio del país, en todo caso abriéndose a mayor número de lectores y una crítica calificada imposible de promover en el plano doméstico.

Otra circunstancia fortuita: un proceso penal iniciado en los tribunales contra un indio guaraní de la etnia Mbyá, acusado de haber dado muerte a un paraguayo que había violado a su mujer, provocó en el etnógrafo León Cadogan una lucha reivindicatoria, con solicitudes a la corte Suprema en favor de su causa, y alegando que en todo caso el indio debería ser enjuiciado por los miembros de su comunidad, por desconocimiento del código penal paraguayo. Finalmente, el Tribunal Superior sentó dictamen a favor, anulando la sentencia del juzgado inferior; lo que le valió a Cadogan que el cacique y su tribu lo recibieran en su fogón como a un miembro más, asignándole un nombre mágico: “Tupã kuchui-vevé”- un ave del paraíso aborigen – y le ofrecieron el privilegio de confiarle sus cantos de tradición secular, publicado por Cadogan bajo el título de “Ayyu-Rapyta” o “El origen del lenguaje humano – una colectánea de cantos cosmogónicos que hallarían pronto eco en el ámbito científico internacional.

Los textos de Cadogan tuvieron además amplio reconocimiento en la sociedad nacional, donde algunos temas míticos como el de la “tierra-sin-mal- o “yvy-maraê 'y” cobraron fuerza en el imaginario colectivo, e incrementaron la producción de gran número de obras literarias en guaraní, siendo de igual modo motivo de los mitemas que se deslizan en “Yo-El Superno” de Roa Bastos.

Con la promulgación de la nueva Carta Magna del '92, se dio además nuevo impulso a la identidad bilingüe del país, multiplicándose la publicación de obras escritas en guaraní-paraguayo y recuperando el idioma nativo su espacio en los debates televisivos y en el Parlamento. De igual modo, con la reciente promulgación de la Ley de Lenguas, se da lugar a la conformación de la Academia de la Lengua Guaraní y la constitución de la Secretaría Nacional de Políticas Lingüísticas, con ánimo de conferir al guaraní el mismo status y prestigio que el español en todos los ámbitos de la comunicación oficial; lo cual, si bien importa un acto de justicia y de reivindicación de nuestra identidad cultural, trae consigo un confinamiento de la producción literaria al ámbito local, con escasa proyección en el contexto continental.

Así las cosas, sería cuestionable atribuir exclusivamente a la circunstancia de haber soportado Paraguay largos periodos de dictadura el enclaustramiento cultural y poca difusión literaria, sin tomar en cuenta otros indicadores de su singular proceso de configuración como nación independiente. Los mismos factores que obraron a favor de su identidad acaso pudieran explicar mejor las razones de su marginación y extrañamiento. Andando el tiempo, tal vez podría aventurarse la conformación de una nueva literatura nacional en un actualizado castellano paraguayo, enriquecido con voces del guaraní autóctono y el universo figurativo de su riquísima tradición oral.

Ramiro Domínguez